

-aunque por cierto nunca lo puedan suplir- en sustancias o conductas adictivas y perversas, tal como si buscáramos la misma muerte incluso sabiendo de su letalidad: ¿por qué caemos tan bajo? Porque no nos hemos encontrado ni menos amado -¿dónde está la imprescindible autoestima?-, no sabemos quiénes somos ni para qué estamos acá, convivimos con un extraño que nos habita, dormimos con nuestro peor enemigo: nosotros mismos. Avanzando un paso más, deberíamos preguntarnos qué está pasando con el ser humano -con cada uno de nosotros-, para que se haya llegado a un estado tal de vacío y ausencia, lo que sin duda conlleva incompreensión, dolor y enfermedad. ¿Será esto que nos sucede sólo fruto del desánimo generalizado, de la falta de valores vivos, de una educación deficiente o de una terrible falta de amor -el no saberse amado- apoderada de una sociedad indiferente que escapa de su propia responsabilidad?

Cada época tiene su signo, su enfermedad, su dolor, y esto no es novedad. Como ha dicho Viktor Frankl unas décadas atrás, luego de dar más de cien conferencias en los Estados Unidos: hay un predominio de un sentimiento abismal de vacuidad, sobre todo en la juventud universitaria y que se prolonga muchos años más, aún en personas que han escalado profesionalmente y viven una vida 'acomodada y feliz'. ¿Cómo se explica este vacío existencial? La siguiente síntesis de Frankl no puede haber sido mejor dicha: "Cuando se me pregunta cómo explico la génesis de este vacío existencial, suelo ofrecer la siguiente fórmula abreviada: contrariamente al animal, el hombre carece de instintos que le digan lo que tiene que hacer y, a diferencia de los hombres del pasado, el hombre actual ya no tiene tradiciones que le digan lo que debe ser. Entonces, ignorando lo que tiene que hacer e ignorando también lo que debe ser, parece que muchas veces ya no sabe tampoco lo que quiere en el fondo. Y entonces sólo quiere lo que los demás hacen (¡conformismo!), o bien, sólo hace lo que los otros quieren, lo que quieren de él (totalitarismo)"¹.

Lo que Frankl quiso enseñarnos es precisamente que quien no encuentra un sentido trascendente por el que vivir, caerá inevitablemente en el vacío y la desesperanza que llevan al conformismo, a la inacción o al dejar que los otros decidan por él: no es que él esté vacío o no sea nada, sino que no sabe quién es ni qué quiere de su vida. Hasta que 'eso otro o ese otro' que instala el sentido en mi vida no aparece, más que vivir mi vida yo me dejo vivir entregando a otros mi propio poder y mi libertad. Por eso lo esencial de la condición humana es percatarse de ese carácter relacional constituyente por el que no dudamos en afirmarnos como "un dentro que

necesita un afuera" (Emmanuel Mounier), o un "para sí para otro" (Maurice Nèdoncelle), porque hay algo más en mi vida que yo mismo, algo o alguien que me da motivos para ser y explica esta profundidad misteriosa que soy. Vivir abrazados al sentido que el otro me brinda al darme la oportunidad de amarlo y luchar por él, cambia mi vida, me salva.

2. Saber quiénes somos

Para entender quiénes somos y quiénes estamos llamados a ser debemos ejercer un acto de conciencia y reconocer que existe una 'lógica' que traspasa nuestra existencia entera y que, paradójicamente, poco tiene que ver con lo que habitualmente entendemos por 'lógica' (estructura o saber del razonamiento correcto). Del mismo modo que nos equivocamos si no sabemos argumentar 'lógicamente', asimismo nos equivocamos, y por ende sufrimos y hacemos sufrir, si no sabemos vivir de acuerdo a la lógica propia de la persona, algo que, lo sepamos reconocer o no, atraviesa hondamente la columna vertebral de cada ser humano. Pero esa lógica no se busca en manuales ni en tratados, no se enseña de modo formal ni se nos exige su certificado de aptitud para ser personas. Sin embargo su inexistencia o su negación serían condenatorias y absurdas pues sin ella no podríamos simplemente 'habitar' con propiedad esta humanidad. Ella está inscrita en nuestro código genético, en nuestra esencia, esperando ser desvelada e interpretada, tarea que, con mayor o menor conciencia, viene elaborando la humanidad acompañando el destino de millones de personas. Lo cual no impide que esa misma humanidad siga haciendo pésimas y a veces aberrantes elecciones en ámbitos neurálgicos afectando casi siempre a los más pobres, débiles y vulnerables.

El pensamiento personalista comunitario viene a invitarnos precisamente a eso: redescubrir, interpretar y proponer como contraseña de la vida el respeto ineludible a la lógica esencial de la persona y a su eminente dignidad. Esta lógica única en su género tiene su centro en el hecho básico de la realidad relacional y amorosa del ser personas que bien podemos sintetizar bajo esta afirmación, que no es mera literatura ni juego de palabras: "somos para amar, y amamos para ser". Donde el primer 'para' -indicador de dirección, de finalidad, de télos y de sentido- dice que somos personas convocadas a la vida para ejercer el verbo amar en la plenitud de su extensión y comprensión, pero simultáneamente el segundo 'para' afirma la positividad de este ejercicio de amar, como dador de vida, de sentido y de ser. No en vano Mounier, padre del personalismo comunitario, reconoció la estricta correlación entre ser y amar hablando en concreto de lo que nos pasa cuando perdemos

1 Frankl, V.: *Ante el vacío existencial. Hacia una humanización de la psicoterapia*. Ed. Herder, Barcelona 1990, p. 11.

de vista todo lo maravilloso y bueno que encierra la comunicación y la relación con el otro: "Cuando la comunicación se rebaja o se corrompe, yo mismo me pierdo profundamente: todas las locuras manifiestan un fracaso de la relación con el otro -alter se vuelve alienus-, yo me vuelvo a mi vez, extraño a mí mismo, alienado. Casi se podría decir que sólo existo en la medida en que existo para otros y en última instancia ser es amar"². Dejar de amar o dejar de ser amados conduce inevitablemente al dejar de ser, a la muerte en vida de la persona, al sinsentido de una vida sin amor.

Cuando vemos la realidad de cada día y sentimos el desgarrar del desamor en un sinnúmero de conductas cotidianas, no podemos dejar de reconocer esta verdad: que existe una mutua implicación, consustancial e inexorable, entre el ser personas y el amar, de modo que sobre esta certeza se funda el pensamiento personalista centrado en el 'ordo amoris' (orden del amor). Ya san Agustín lo expresaba con sentido poético diciendo: "Mi peso es mi amor, él me lleva doquiera soy llevado"³. Es que sin acatar el mandato elemental del amor en todo su alcance, sin obedecer a este 'peso del amor' que sintetiza el bien de la persona configurando y dando sentido a la vida, dejamos de ser, nos condenamos a la tristeza, al mal, al desamor y al extravío de una vida vacía, sin ser completamente.

Tras el paso de los siglos, las huellas agustinianas se esparcieron en suelo filosófico y la historia del principio dialógico⁴ decantó en el judío Martin Buber (1878-1965) quien erigió su revolucionario pensamiento dialógico sobre el escenario del amor y la relación interpersonal dejándonos esta exquisita síntesis sobre el habitar de la persona en su obra *Yo y Tú*: "los sentimientos habitan en el ser humano, pero el ser humano habita en su amor"⁵, queriéndonos recordar con esta afirmación, que no es metáfora literaria, que a los sentimientos se los tiene pero el amor ocurre, ocupando el espacio entero de la existencia. Y continúa así su bella explicación: "A quien habita en el amor, a quien contempla en el amor, a ése los seres humanos se le aparecen fuera de su enmarañamiento en el engranaje; buenos y malos, sabios y necios, bellos y feos, uno tras otro, se le aparecen realmente y como un tú, es decir, con existencia individualizada, y entonces la persona puede actuar, puede ayudar,

sanar, educar, elevar, liberar. El amor es responsabilidad de un Yo por un Tú: en esto consiste la igualdad -y no en ningún tipo de sentimiento- de todos los que se aman, desde el más pequeño hasta el más grande"⁶.

Así la relación y el amor nos son inherentes y nuestra verdad más profunda puede formularse así: yo no soy yo sin ti, y entre los dos fundamos el mundo del nosotros. Lo que expresado en ecuación podemos enunciar en la suma: Yo + Tú = Nosotros. "En el principio fue la relación", decía Buber en su obra *Yo y Tú* recordándonos que el lugar verdadero de la persona se da en el 'entre' donde tú y yo estamos en recíproca presencia, nos damos mutuamente "porque nos pasamos el uno al otro", no habiendo palabra igualable ni más básica que 'Yo-Tú', no dos pronombres sino una sola palabra. Por eso ni los individualismos ni los colectivismos construyen a la persona, porque ni el yo egótico y egocéntrico recluso en su egoísmo, ni el yo que se diluye absurdamente en la masa anónima o el estado totalitario, dan con el perfil verdadero del ser humano. El 'entre' es ese lugar donde tu mirada se cruza con la mía, donde tu subjetividad se encuentra con la mía y ya no podemos dejar de ser yo y tú, yo para ti y tú para mí. Por eso, nada de lo que te pase puede serme indiferente, ni dentro ni fuera de casa, porque también tu vida constituye la mía y nos pasamos la vida buscando ese lugar donde el camino del diálogo y la acogida amorosa nos conduce a lo que somos en verdad de un modo itinerante: una búsqueda refleja e inagotable.

Seremos auténticos y habremos alcanzado nuestra identidad (eso tan simple y difícil como ser idénticos con uno mismo) en la medida que no temamos a estos dos grandes palabras: amor y libertad. Y sobre todos los jóvenes aquí presentes saben bien que el llamado a ser libres es tan fuerte como el llamado al amor. Así se forja un destino, una vocación, una profesión: escuchando a esa voz interior que te convoca a ser quien eres diciéndote como Píndaro: "Llega a ser quien eres". Pero no hay que dejarse encantar por los cantos de sirenas que seducen sin pizca de verdad, es decir, los 'mandatos' encubiertos de los mass media o el difuso y uniformizante discurso de la llamada 'cultura light' -hija del omnipresente pensamiento débil y relativista-, que pretende llevarnos por el camino del miedo y la inseguridad a la carrera 'segura y exitosa', a lo que dicta el poderoso mercado, o a lo que a veces los padres equivocadamente quieren imponer. Es imperioso que los jóvenes hagan valer sus elecciones y respiren en sus pulmones el aire puro de la libertad, porque sólo así construirán un proyecto personal del que sentirse orgullosos y dignos. Y por eso es ineludible para una vida con sentido

2 Mounier, E.: *El personalismo*. En *El personalismo. Antología esencial*. Ed. Sígueme. Salamanca 2002, p. 699.

3 San Agustín: *Confesiones*, XIII, 9.

4 Cfr. Buber, M.: "Para la historia del principio dialógico", en *El camino del ser humano y otros escritos*. Trad. y notas de Carlos Díaz, Fundación E. Mounier, Colección Persona, Salamanca 2004, pp. 119-129.

5 Buber, M.: *Yo y Tú*. Trad. de Carlos Díaz, Ed. Caparrós, Madrid 1998, p. 21.

6 Ibid.

asumir el reto de construir -descubriendo, despertando y asumiendo- la propia estatua personal, porque sólo así merecerá la pena decir: "yo sé quién soy". Pero ¿qué otra fuerza poderosa nos lo impide?

3. Romper las jaulas invisibles

Todos sabemos que existen jaulas visibles, que parecen atarte las manos como si tuvieras cadenas: son las condiciones externas de cada uno, que vienen marcadas por el aquí y el ahora, el entorno, la familia, el grupo social a que pertenecemos, la falta de oportunidades, etc.; en definitiva, estas jaulas visibles son las limitaciones que nos impone la circunstancia social, económica, cultural, religiosa y política. Pero mucho peores son nuestras propias jaulas invisibles, las que creamos en nuestra mente y en nuestro corazón, esas que nos impiden ser plenamente nosotros mismos. A pesar de que vivamos en un país en el que se respeta el derecho a la libertad en todos los ámbitos (religioso, político, económico, individual, de expresión), esto no garantiza que realmente seamos hombres y mujeres libres. Podemos reconocer la libertad como un derecho, pero éste sólo se convertirá en hecho cuando nos lo propongamos como una conquista fruto de una decisión, de un esfuerzo personal. En esto consiste la libertad de elección que es ruptura y conquista, "poder de aquel que elige. Al elegir esto o aquello, me elijo cada vez indirectamente a mí mismo, y me construyo en la elección"⁷.

Pero, siendo de suyo positiva y personalizadora, la libertad de elección -exacerbada en esta época por una suerte de miopía filosófica y cultural cercana al culto contemporáneo a la libertad absoluta, sin heteronomía alguna- encuentra su límite adecuado en la elección feliz y saludable, es decir, en el bien que se presenta como valor a consumir: esta es la libertad de adhesión que le muestra a la persona su centro de gravedad anclado en la responsabilidad, por uno mismo y por el otro. Decía Mounier: "Concentrar exclusivamente sobre el poder de elección la atención a la libertad, es ralentizarla y tornarla pronto impotente para la elección misma, falta de impulso suficiente, es mantener esta cultura de la abstención o de la alternancia, que es el mal espiritual de la inteligencia contemporánea"⁸.

El endiosamiento de la libertad de elección que padecemos, siguiendo el modelo antropológico sartreano -hago lo que me place y sólo porque me place-, parece claramente una sujeción a los mandatos de un ego insaciable que elige lo que lo satisface de momento

desde una aparente voluntad indiferenciada sin bien objetivo, hecho que la torna una de las peores jaulas invisibles. Pero a la larga esta libertad desnortada destruye y vacía a la persona de su identidad profunda: ya no sabe quién es y tampoco sabe quién es el otro. Y por cierto, este modo aberrante de concebir la libertad termina siendo una condena -tan equivocado no estaba Sartre cuando decía que la libertad es una condena- a la que todos en alguna medida somos arrastrados. Basta constatar las sistemáticas violaciones al bien común en todos los órdenes de la vida, fruto de elecciones que desconocen la virtud de una voluntad libre encaminada al bien y a los valores eternos de la persona. Lo que se constata, en definitiva, con el mal uso de la libertad es la presencia del mal en todos sus rostros, que se enquistan en las personas seduciéndolas con promesas de liberación y de poder, pero que en realidad las confina y las condena a permanecer en su dorada jaula invisible.

No todo lo que nos sucede es imputable al entorno político, social o económico. En un tiempo como el nuestro donde la autonomía y la autodeterminación aparecen como valores absolutos, hay muchas personas que no se sienten libres, que sienten el peso de su vida como un yugo aplastante y sus actos como mecánicos e impuestos. Vamos forjando así sociedades opacas, descomprometidas y desmoralizadas, de rostros cansados y tristes, porque muchos de nosotros hasta dormimos 'tranquilos' dentro de una de estas tremendas y asfixiantes jaulas invisibles, no pudiendo ser plenamente libres ni felices. "Las jaulas invisibles son como las muñecas rusas. Una está dentro de la otra. Cuando has sido capaz de liberarte de una, entras en otra, y cuando con penas y trabajos has podido forzar los barrotes y escapar, te encuentras dentro de otra jaula más grande, y así sucesivamente hasta que por fin aparece la última jaula, la más difícil de vencer: la jaula del ego"⁹.

Filósofos, psicólogos, sociólogos, padres y educadores deberían estar muy atentos a esta encrucijada que nos plantea el mal uso de la libertad, para poder ayudar mejor a nuestro niños y jóvenes, pero para ello debemos también nosotros, los formadores, formarnos con ahínco en la difícil materia llamada Humanidad, cuyo contenido es ni más ni menos que el cometido cotidiano de ser personas en la suma de esta expresión. Sólo un acto de seria reflexión sobre la propia vida nos despertará a la conciencia del bien y el sentido que estamos despilfarrando inútilmente. Pero sólo un acto de amor incondicional, un acto de entrega y compasión, nos hará dar el salto -que logra romper las jaulas invisibles- hacia ese

7 Mounier, E.: *El personalismo*, cit., p. 729.

8 *Ibid.*, p. 730.

9 Torralba, F.: "Jaulas invisibles y proceso de liberación". En *Persona. Revista Iberoamericana de Personalismo Comunitario*. ISSN: 1851-4693, www.personalismo.net/persona, Instituto Emmanuel Mounier Argentina, Año VI, Nº 18, Diciembre de 2011, p. 29.

centro personalísimo cuyo rey es el Amor de los amores, Dios mismo en mí. Cito a Emmanuel Mounier que creía con pleno fundamento en esta sentencia pocas veces citada y analizada, que constituía quizás el corazón de su vivencia mística:

“Llevar a Dios sin poder ser Dios es quizás la aceptación primera que se le pide al hombre”¹⁰.

4. Recuperar la voluntad de verdad, hermana de la voluntad de sentido

Para concluir esta apretada exposición, debemos decir que la persona, y el joven en especial, no sólo es un ser ávido de amor y libertad sino además un ser ávido de verdad y de sentido. Y lo es porque somos personas significadas, en primer lugar, por la voluntad de verdad, por esa innata cualidad de ‘buscadores’ del saber y la verdad que nos transforma a cada persona en su custodio, su guardián, su pastor. Pero las verdades se expresan en valores que plasman lo bueno, verdadero, justo y bello que concebimos como aquello que dignifica el universo entero otorgándole un sentido, un significado último: nuestra confianza básica en la realidad. Por eso, la persona es quien adhiere a valores, como Mounier lo destacara en su propuesta antropológica, alguien que vive la vida de acuerdo a una jerarquía axiológica que intentará encarnar en virtudes a lo largo de su existencia. Valores y virtudes que para serlo en una sociedad como la nuestra deberán educarse y testimoniarse haciéndose ejemplo en las personas: madres, padres, educadores, políticos, intelectuales, comunicadores, empresarios, obreros, etc.

Si estuviéramos de acuerdo con estas verdades mínimas -para lo que es necesario trabajar mediante el camino del diálogo fraterno- entonces podríamos aspirar a un respetuoso diálogo de máximos en orden a respetar la verdad, algo que, a pesar de haberle caído encima el peso de la sospecha y el relativismo, es lo más connatural al ser humano. Para que esto se cumpla, no dudaríamos en desenmascarar el relativismo que atenta contra la vigencia de las verdades y los valores que nos sustentan y cohesionan como comunidad de personas, pero tampoco dudaríamos en aceptar el pluralismo que respeta y acepta al otro diferente pues sólo desde un lugar así, de absoluto respeto al valor de las personas, se puede construir una sociedad pacífica y liberadora, en la que todos puedan aspirar a una existencia personalizante y felicitante por fraterna y solidaria. En esto consiste

10 Mounier, E.: *Personalismo y cristianismo*. En *El personalismo. Antología esencial*, cit., p. 586. Véase mi comentario a la misma en Riego de Moine, I.: *El Sí a Dios en tiempos de poca fe*. Ed. E. Mounier Argentina, Córdoba 2007, pp. 69-73.

en definitiva la voluntad de verdad, es una actitud, una conducta, un querer que sea.

Y para concluir, nada de lo dicho podría postularse como verdad sin la voluntad de sentido, puesto que el sentido no es más que la verdad en tanto comprendida y amada, hecha mía, algo que debemos aprender a percibir y recuperar como radical en nuestras vidas. Sin voluntad de verdad, no habrá voluntad de sentido, y viceversa, sin sentido no habrá verdad que pueda ser develada. Sentido y verdad, voluntades hermanas si las hay.

Escuchemos atentamente este texto aun inédito del filósofo español Carlos Díaz: “Las fuerzas que me mantienen en la seguridad del sentido de mi vida no son las que nacen de mis satisfacciones o de mis gozos primarios, sino de la apasionada creación (que no mera aceptación) de mi destino. Estas fuerzas no hundan sus raíces en la superficie de mi existencia, sino en el núcleo de mi ser, es decir, en los grandes principios que se asientan en la mente, en el corazón, en todo mi ser, y no solamente en sus potencias operativas, es decir, sus virtudes. Si el semblante de la virtud pudiera verse, enamoraría a todos. ¿Y tu virtud? ¿Son las personas amadas valores experienciales salvadores? ¿Eres tú para ellas un valor experiencial salvador? ¿En qué ocasiones, cuándo, cómo? ¿Son tus valores creativos ajenos a las personas amadas por tí? ¿Cuáles son tus valores creativos, los que dan sentido a tu vida? ¿Cuáles tus virtudes actitudinales (compasión, co-sufrimiento, valentía, sentido del humor, etc.)?”

Aprender a vivir una vida con sentido y plenitud constituye la vocación fundamental de todo ser humano, lo cual no significa que este cometido termine puntualmente un día determinado sino que la búsqueda del sentido no se agota jamás, mientras se vive: ser persona en toda su comprensión implica arriesgarse, retarse a uno mismo, incluso sin seguridades, incluso a través de las equivocaciones diarias, de las caídas morales, a veces mortales, y de los propósitos frustrados. Por eso, visto desde la existencia concreta, el sentido total de mi persona siempre estará en vías de cumplimiento, aunque ya tenga su sentido eterno grabado en la palma de Dios desde el inicio...

Las conclusiones deben sacarlas ustedes, queridos jóvenes. “Ustedes son la sal de la tierra; pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué se salará?”

No pierdan nunca su sabor que la humanidad espera en ustedes, no deleguen a nadie su poder ni menos su propia vida, que en eso les va su destino y el destino de la humanidad.

